

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

66-69

ENERO-DICIEMBRE

1958

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:
DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:
DR. FRANCISCO LARROYO

Secretario:
MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Francisco Larroyo

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto.	\$ 4.00
Número atrasado	„ 5.00

Sumario

ARTICULOS

Francisco Larroyo.	<i>La influencia de la pedagogía francesa en México .</i>	13
Alfonso Reyes.	<i>Las supervivencias en la religión griega</i>	25
Rafael Moreno.	<i>El humanismo pedagógico y moral de Alfonso Reyes.</i>	37
Dr. Ricardo Guerra	<i>Ramos y sus discípulos. .</i>	49
Santiago Vidal Muñoz	<i>La responsabilidad del filósofo en el mundo actual.</i>	59
Leopoldo Zea.	<i>El positivismo en Iberoamérica</i>	67
Robert S. Hartman	<i>Aspectos éticos de los satélites</i>	75
Emilio Uranga.	<i>El proceso del Ser (Feuerbach contra Hegel) . .</i>	91
G. de la Lama de González.	<i>El pensamiento de Guadapada.</i>	101
Francisco Monterde	<i>El presentimiento de los viajes interplanetarios en la literatura universal . .</i>	109

Amancio Bolaño e Isla	<i>Los problemas lingüísticos derivados de los satélites artificiales</i>	119
Fryda Schultz de Montovani. . .	<i>Amor y tragedia de Larra.</i>	127
José Almoina ' . . .	<i>Los testamentos de Erasmo.</i>	135
Joaquín Antonio Peñaloza . . .	<i>Aires clásicos del Polifemo de Góngora.</i>	167
Aurelio Espinosa Pólit (S. J.).	<i>De la Eneida (cinco pane- les)</i>	175
Pedro Urbano González de la Calle.	<i>Contribución al estudio de las epístolas atribuidas a Salustio y rotuladas (Ad Caesarem senem de re pu- blica)</i>	197
Paciencia Ontañón de Lope. . .	<i>La despedida en los corridos y en las canciones de Mé- xico</i>	245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Edmundo Félix Escobar Peña- loza	<i>Pedagogía de la Enseñanza Superior (Francisco La- rroyo)</i>	257
Edmundo Félix Escobar Peña- loza	<i>Didáctica de la Filosofía (J. M. Villalpando N) . . .</i>	260
Luis Recasens Siches.	<i>Instante, querer y realidad (Luis Abad Carretero) .</i>	264

Roberto Caso Bercht.	<i>Estudio acerca de la axiomática del valor</i> (Theodor Lessing).	269
Miguel Bueno.	<i>Historia de la Filosofía Moderna</i> (Francisco Romero)	271
Miguel Bueno.	<i>Diccionario de Filosofía</i> (José Ferrater Mora).	273
Mtro. J. Hernández Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i>	275

EL PRESENTIMIENTO DE LOS VIAJES INTERPLANETARIOS, EN LA LITERATURA UNIVERSAL

El asunto de esta plática será grato para mí —y deseo que también lo sea para mis oyentes—, ya que invita a volver a lecturas de años mozos. Recuerdo aquel *Libro de estampas*, con texto de Hans Cristian Andersen, “grabado y estampado” por J. Thomas de Barcelona, según decía el colofón, a principios de este siglo, en el que la Luna hace al narrador visitas cotidianas, y en cada una de ellas —treinta y tres— le refiere lo que ha visto por el mundo, en sus diarios recorridos.

En el campo de la mitología, egipcios, etruscos y persas tuvieron figuras aladas. El paganismo helénico dio alas, también, a las sirenas primitivas con cuerpo de ave; a las arpías y las quimeras. Los hebreos conciben a los ángeles, que los cristianos unen a los querubines, en visiones celestes.

Al deseo de elevarse sobre la Tierra, por sugestión de los pájaros, responden la ambición de Icaro, cuyas alas adheridas con cera se desprenden —un símbolo— cuando intenta acercarse al Sol, y el alado corcel Pegaso, que se remonta por entre constelaciones.

Shakespeare crea en *La tempestad* un espíritu alado: Ariel, y Cervantes da al Quijote, aferrado a la Tierra con Sancho, el “aligero” Clavileño, del que hablará, como sabe hacerlo, el doctor Amancio Bolaño.

En los cuentos, no sólo árabes, además de los genios que vuelan, está el caballo con alas —anticipo en la mecánica— y el primer planeador: la alfombra mágica, para solaz de los lectores infantiles de Las mil y una noches (A. U. D.).

La Luna, antes de ser meta de los científicos, lo fue de los soñadores. La cantan y aluden no solamente los poetas románticos: Musset la veía en Venecia sobre el *Campanile*, como punto de una I. Hablan de ella el clásico fray Luis de León, el prerromántico Young, el modernista Lugones y el premodernista García Lorca —“verde

luna" del *Romancero gitano*; personaje decorativo, en *Bodas de sangre*—, entre muchos otros. La juventud sitúa en la Luna sus sueños: es góndola imprescindible, para el embarque a Citea.

Por la misma distancia que media entre la concepción de algo y su realización material, en la evolución del mundo parece regir la ley de que el pensamiento anteceda al acto, a excepción de los reflejos que se ejecutan por instinto de conservación, heredado, inconsciente. Así, la idea es siempre anterior al objeto creado, como el nombre —la palabra que servirá para designarlo— es posterior a su existencia.

Son conocidos los antecedentes del deseo de evasión en el espacio, que el progreso acentúa. En 1647, a iniciativa de Pascal, se comprobó experimentalmente en Puy-De Dôme que a mayor altura corresponde menor presión atmosférica: ley que proporcionará sorpresas aun a los sabios. A partir de entonces, se piensa en diversos recursos para elevarse: gansos, imanes, ampollas de rocío por su rápida evaporación.

Cyrano de Bergerac, cuya existencia dramatizó Edmund Rostand; nacido en Perigord en 1619 y muerto en 1655, escribe —influido por Quevedo— la *Historia cómica del viaje a la Luna y los estados del Sol*, que nos llega con lagunas. Satírico y poeta, el gascón, según dice, además del rocío, empleó en el supuesto viaje, tuétano animal, que la Luna absorbía.

En 1649, recordará Verne, Jean Beudoin (?) publicó el *Viaje hecho al mundo de (la) Luna por Domingo González, aventurero español*, desconocido en su tierra.

Cuando, a través de los cuentos, se va de la infancia a la adolescencia y se arriba a la juventud, es inevitable hacer escala en los relatos de Edgar Allan Poe. En otra parte he hablado de esas atractivas páginas en que muestra, con sus diversas caras, el miedo, hasta lindar con el pavor, y lo enfoca desde múltiples ángulos. En ellos se llega a "gozar y sufrir simultáneamente, con el cautivador sobresalto de tan escalofriantes narraciones".

Edgar Allan Poe, como sabemos, fue hijo de una pareja de actores con ascendientes llegados de Irlanda. Vino al mundo en 1809, y pasó de Baltimore a Maryland, hasta encontrar un padre adoptivo en el escocés John Alland, radicado en Virginia. Recitador precoz, va a una academia en Richmond, antes de viajar por Inglaterra, con sus padres adoptivos. Hace algunos estudios, de francés, latín e historia; pero sueña, sobre todo, hasta que lo despiertan al regresar a los Estados Unidos, para llevarlo de nuevo a Richmond, Virginia, en 1882.

Deportista esforzado en su adolescencia, transcurridos cuatro años, fue a la Universidad de Virginia y de ella pasó a la Academia de West Point, en 1830. Allí la austera disciplina, en un año, no dominó la altivez de Poe. Decidió abandonar la Academia sin consultar al señor Allan, y el 6 de marzo de 1821 fue expulsado de ella. En realidad había dejado de asistir a la Academia desde el 25 de enero de ese año.

A partir de entonces, Poe fue escritor autodidacta y, sobre todo, poeta. Sus *Cuentos de lo grotesco y arabesco* aparecen en 1840. Tres años más tarde le premian "El escarabajo de oro". Su poema "El cuervo" se publica a principios de 1845. Ese mismo año salió la edición londinense de sus *Cuentos*. A Francia llegó su prestigio, antes que Baudelaire emprendiera la versión de sus poesías, que también tradujo Mallarme, quien lo admira abiertamente.

De sus escritos en prosa, Julio Verne conoció los primeros en inglés, y en seguida disfrutó de su lectura en la traducción bodleriana. Tras "El cuento del globo", en el cual los ocho tripulantes del "Victoria" cruzan el Atlántico en 75 horas —en viaje que parecía autentificar el "diario" de uno de aquéllos—, Poe ofrecía la "Aventura sin par de un tal Hans Pfaall", en la que un *componedor* de fuelles vecindado en Rotterdam se lanza en un globo —cuyo impulso ascensional acelera gracias a diversos recursos— con destino a la Luna, que alcanza a ver de cerca, en un viaje de diecinueve días, según informa a su regreso, en sospechosa comunicación dirigida al Colegio Nacional Astronómico de aquella ciudad holandesa. En el desenlace el autor pasa de lo maravilloso a lo grotesco, por las dudas expuestas sobre el enano y el grupo de ebrios que solía acompañarlo.

Mi generación —y creo que aún acontece lo mismo con la actual, pues se hallan aquí en publicación dos series que incluirán, en 10 tomos, sus 400 escritos— se detenía también, complacida, en la lectura de las obras de Jules Verne: Julio Verne, decíamos, y decimos aún, haciendo grave su apellido al castellanizarlo, como sucede con autores cuyo nombre se adapta al país en que se vive, al convertirlos en autores universales.

Se le leía, entonces, en aquellos compactos tomos de Gaspar y Roig, que reproducían los grabados de las ediciones francesas, ahora exhibidos en el Instituto Francés de la América Latina. Aquellos volúmenes en los cuales la doble columna se abría a trechos, para ceder espacio a las ilustraciones: inquietantes grabados en que varias de las figuras tenían rasgos caricaturescos. En ellos, los coetáneos de Verne leyeron, tanto en España como en Hispanoamérica, sus difundidas obras.

Algunas de ellas viven aún —así lo supongo— en la memoria de lectores pasados y presentes, y su título con alguna alusión a las mismas, bastará para que las evoquen y recuerden su contenido, pues quizás una relectura vendría a romper el viejo encanto que para nosotros conservan, al querer juzgarlas con espíritu crítico actual, como la intensa luz puede acabar con el hechizo de un brumoso cuadro suspendido en la penumbra de una sala antigua.

Esas páginas, que Verne trazó con escasa malicia de escritor, en cuanto a estilo, tienen —por sanas— una salud que, a través de casi un siglo, han conservado, y con ella, parecen desafiar al tiempo.

¿Será Verne un clásico? No lo es, en el sentido de perfección que suele ir ligado a ese concepto; mas puede considerársele como tal etimológicamente, pues son lectura propia, no de una "clase" pero sí de una etapa vital: la adolescencia, la cual equivale ahora, con su sed de aventuras, a un promedio, en cuanto a desarrollo, en las inteligencias a las cuales el actor quiso adaptarse al escribir sus obras.

Verne fue de mediana estatura, barbado, bonachón. Tenía los claros ojos del hombre de mar que pretendió ser. Su fisonomía, por voluntad de uno de los dibujantes que ilustraron sus obras, pasó a ser la de un personaje suyo: aquel doctor que aparece en *Veinte mil leguas de viaje submarino*. De igual manera lo libresco se superpone a lo vital, y sus escritos han hecho que se olvide al hombre que, por cumplir los deseos de su padre, fue abogado, a pesar de que deseaba ser marino, y como escritor, se desvió del teatro a la novela, porque sólo pudo triunfar en la escena, gracias a las adaptaciones de *La vuelta al mundo en 80 días* y de *Miguel Strogoff*, que ahora han triunfado nuevamente, con su proyección en la pantalla.

Según Verne decía a su padre en una carta, con frecuencia acudían a su mente "cosas inverosímiles", que "en realidad no lo son" agregaba. Nacido en 1828, su infancia coincidió con el apogeo del Romanticismo, y en su madurez presencié el brillante ocaso de Víctor Hugo. Por su formación y su sensibilidad él mismo era romántico, ajeno a las complicaciones de las "ciencias exactas". Se halló, también, distante de los naturalistas, atentos observadores de la realidad que los circunda, constantemente ligados a ella, al extraer de sus notas los relatos.

Mal estudiante, buen hijo, hermano ejemplar, marido y padre un poco egoísta, por su método de trabajo y la frágil salud, su existencia, escasamente conocida, dejó rastros en cartas y recuerdos que proporcionan abundante material, no aprovechado totalmente por sus contados biógrafos.

En unos y otros se ve que sus escritos son fruto de una fantasía estimulada por acontecimientos de la época. Sucesos reales: inven-

ciones, conquistas geográficas, adelantos científicos, progreso industrial, que inquietaban al público a mediados del XIX, atraían la atención de lectores que se mantuvieron fieles —quizás lo son todavía— medio siglo, y que por herencia, prepararon a los sucesores de aquéllos.

La vida de Verne daría asunto para más de una conferencia. En la imposibilidad de consagrarle una sola en este ciclo de invierno —quizás en otra ocasión lo haga—, debo ceñirme al tema y, por ello, citar sólo algún rasgo que se relacione con sus obras.

Amigo del novelista Alejandro Dumas —a quien admira desde la juventud y recuerda no sólo en el homenaje al Conde de Montecristo, que le rinde en la madurez, al escribir *Matías Sandorf*—, halla su camino dentro de la novela, cuando el público está fatigado de las abundantes pseudo-históricas del padre de *Los tres mosqueteros*.

Verne también partió del relato inspirado en la historia. Tiene particular interés para nosotros el hecho de que su primera obra narrativa —después de éxitos y fracasos en la escena parisiense, con vodeviles y comedias, ahora totalmente olvidados—, su ensayo novelesco inicial lleve por título éste: *Los primeros buques de la marina mexicana*, que resulta un tanto irónico aún, pese a la marcha hacia el mar, y cuente allí la aventura de aquellos dos barcos españoles: el “Constancia” y el “Asia”, que en momentos decisivos abrazaron la causa de nuestra Independencia.

Bajo el flujo de Poe, ya al mediar el año de 1850, escribe *Un viaje en globo*: promesa de las *Cinco semanas en globo*, por África, que vendrán después que se asome al Nuevo Mundo —en su primera narración y en *Martín Paz*, de ambiente peruano—, al que volverá con *La jangada*, que le condujo al Brasil inexplorado y con *Norte contra Sur*, sobre la guerra civil en los Estados Unidos de Norteamérica, torna a los globos dirigidos, con Poe —“Le canard en ballon”— que le da el título del suyo: *Victoria*. En ese y otros escritos, Verne se apega de la realidad: la agitada época de Luis Felipe, antes que otra evasión —*El viaje a la Luna*— lo arranque, en 1860, de la superficie de la Tierra.

Varias evasiones realiza a continuación, por el océano y por los aires. La que efectúa en el *Nautilus*, con el capitán Nemo —tras un recorrido novelesco y el viaje en el “Great Eastern”—, que recordará en “*Una ciudad flotante*” —precede a la derrota de Francia, en 1870. Mientras Bayard y Neuville ilustraban “*Alrededor de la Luna*”, el novelista navegó— costeando, en su barquito: el primer “*Saint Michel*” —con el que se le ordenó la defensa de una zona marítima— para llegar a Nantes, la villa natal, donde su padre moriría un año después de la ocupación de París por los germanos: en 1871.

Tras un periplo en su nuevo yate: el "Saint Michel III", con escalas en puertos españoles, portugueses y africanos, viene otra fuga, más larga: aquella que, como el segundo libro de Cyrano de Bergerac, tiene por escenario los "dominios del Sol": Héctor Servadac. Para las ecuaciones que intercala en el relato fantástico de un viaje por regiones que parecían prohibidas aún a la mente humana, pone a prueba los conocimientos matemáticos de miembros de la familia y aun los cerebros de profesores especializados, que le prestan su colaboración eficazmente, con cálculos precisos.

En las "anticipaciones" de Julio Verne: *Amiens en el año 2,000* y *La jornada de un periodista americano en 2,890* —que tendrán su equivalente, en el futuro, en aquellas de H. G. Wells—, quedaron incluidos varios de los inventos que Edison, Lumière y Marconi llevaron a la realidad, y algunos, como la televisión, que hemos visto nacer y prosperar en nuestros días, sin contar la tercera dimensión en la pantalla, aún en camino de perfeccionarse.

A ellos se unirá, en 1886, la intuición del helicóptero: el "Albatros", que en *Robur el conquistador* navega por los aires. Tales predicciones literarias, en torno a problemas cuya solución requiere un trabajo en equipo, de sabios y técnicos, teorizantes y realizadores, confirman la aseveración de que la fantasía precede a la práctica y vienen a ratificar aquellas palabras de Verne, según las cuales "todo aquello que un hombre puede imaginar, otros podrán realizarlo", además de la convicción de que sus herederos perfeccionarían la obra.

En *El viaje a la Luna* o *De la Tierra a la Luna* se parte del principio de que un proyectil lanzado a una velocidad de poco más de 11,000 metros por segundo, puede llegar a la Luna. Tras las discusiones previas, se escogen materiales y combustible, se cruzan apuestas, y entre Tejas y Florida, se elige un punto en la segunda, para el disparo del cañón gigantesco. La mayor parte del libro se dedica a esas discusiones y a los preparativos —fundición en gran escala, acondicionamiento interior—, antes que, según dice, la "detonación espantosa, inaudita, sobrehumana" sacuda la Florida "hasta el fondo de sus entrañas". Tras la perturbación atmosférica que trae consigo, un mensaje informa que el proyectil se ha convertido en satélite de la Luna.

Su continuación, *Alrededor de la Luna*, contiene los pormenores del viaje que realizan Ardan, Barbican y Nicholl, a quienes acompaña una pareja de perros —Diana y Satélite—, en el interior del proyectil, que es una "cárcel de aluminio".

El diálogo —que Verne, como aficionado a las obras dramáticas, introducía frecuentemente —ocupa muchas de las páginas del libro, en discusiones animadas. Las fórmulas algebraicas ponen la nota científica. "Satélite" muere, y justifica su nombre, porque cuando lo arro-

jaron fuera, sigue al proyectil. La Luna ejerce su influjo en el jovial francés y sus compañeros anglosajones, cuando se aproximan a ella. Un bólido que pasa los desvía, y tienen que conformarse con observar la Luna, antes de volver a la Tierra, por San Francisco, desde donde se organiza su salvamento del Océano.

Héctor Servadac o *Aventuras y viajes por el mundo solar* amplía, a una escala mayor, el viaje precedente. La novela, dividida en dos partes, ocupó —en la traducción española de N. F. Cuesta, editada por *La voz de México* en 1882— cerca de 800 páginas: indicio del hambre y sed de aventuras de sus lectores. En la inicial, la “Galia” rehace el recorrido hasta la Luna, cuando Mercurio amenaza chocar con la Tierra; pasa entre Marte y Júpiter, y la toman por un cometa. En la segunda, tras de haberse hallado a 220 millones de leguas del Sol, la “Galia” realiza el viaje de retorno a la Tierra, y desaparece, mientras el capitán Servadac y sus compañeros se desmayan al ver los continentes.

No fue Verne aficionado a la experimentación, ni *dilettante* científico —fuera de su elemental interés por las curiosidades que tentaban a otros, en su tiempo. Habría sido incapaz de reparar aun la sencilla maquinaria de su buque; pero su fantasía trabajaba constantemente. Por su imaginación, no pretendió competir con la ciencia— ni estaba preparado para hacerlo. Se adelantó a su época: fue un previsor: mas sus previsiones o predicciones —a veces, ingeniosamente ingenuas— han tenido que ser, a cada paso, rectificadas por los inventores.

Seis años después que apareció *El viaje a la Luna*, de Verne (1886), nace en un arrabal de Londres —Bromley, Kent—, Herbert George Wells, quien desde su modesta posición ascendió hasta colocarse, como novelista, en un sitio equivalente al que George Bernard Shaw ocupó en el teatro.

Tras los duros comienzos de que habla en su *Experimento en autobiografía*, ingresa a los 18 años en la Escuela Normal de Ciencias, con el propósito de ser maestro. Tiene, en aquel campo, un gran iniciador en la biología: el profesor T. H. Huxley, y otros maestros, inferiores a aquél, en Física y Geología. “Estudiante descontento” —así se ha llamado—, se gradúa a los 22 años de edad, y se lanza a la conquista de un sitio entre los escritores, después de enseñar Biología por correspondencia.

Al fracasar en el periodismo literario —fue también, como Shaw, crítico de espectáculos, en alguna revista—, ensaya primero la novela sobre relaciones entre hombres y mujeres, en la que insistirá más tarde y, cuando ha ganado con ella fama y lectores, se desvía hacia la novela científica, que otros habían intentado antes, en Inglaterra, con

menor fortuna, hasta situarse en primera fila, en ese género, no sólo entre los ingleses. Al principio, se le ve como un segundón de las letras, cuando se le compara con Dickens, Lytton, Barric o Kipling. "Durante dos o tres años —dice también— yo fui saludado. . . como un segundo —Julio Verne." Después sería, además, "un segundo Diderot, un segundo Carlyle, un segundo Rousseau. . ."

Entre los libros sobre el porvenir, de su etapa de novelista científico, están —citados los títulos según las conocidas traducciones españolas— *Cuando el dormido despierte*, *Anticipaciones* y *La guerra en el aire*, que fue anterior a los primeros aeroplanos. Por otras razones, hay que entresacar de su copiosa bibliografía *La guerra de los mundos*, *La visita maravillosa*, *Los primeros hombres en la Luna* y *El mundo se liberta* (1914).

Si el viajero del tiempo se reveló como articulista, antes que ensayara la crítica teatral, en el Pall Mall, en 1895, narraciones como *La máquina exploradora del tiempo*, en la que se volvía hacia el futuro, le permitieron afirmarse en el terreno en que mostraba la transformación material de las ciudades, en las que todo sería grandioso, mientras los hombres que acaparaban la riqueza resultaban cada vez más duros y mezquinos; pero las novelas de amor ponían tregua de esperanza y frenada ternura en ese mundo sombrío.

También marcaron pausas en su recorrido —orientado preferentemente hacia el mañana, a excepción de aquellas dos revisiones del pasado: la extensa y la breve, en que al sociólogo se une el historiador, y el testigo de su tiempo va a asomarse a lo pretérito, con la experiencia de lo observado y leído—, *La visita maravillosa*, con esa inverosímil, pero admisible, presencia de un ángel en la Tierra, a la que no puede adaptarse, y *La guerra de los mundos*, con la invasión del nuestro por seres marcianos —finalmente vencidos por los microbios, a pesar de sus rayos mortales—, que abren la puerta al mito de los huéspedes en recorridos interplanetarios.

Viene a mi memoria el encuentro, a través de una edición alemana, la Tauchnitz, con una de las novelas menos conocidas de H. G. Wells, de la cual soñé en ser co-traductor —con el actualmente ingeniero Luis Álvarez Dans, como aliado en tal empresa—, por las condiciones en que leí aquel libro: *The World Set Free* (*El mundo se liberta*), que apareció en 1914, antes de la primera guerra mundial. Lo hallé, en unas involuntarias vacaciones, cuando las aulas de la Universidad permanecían cerradas, y me sorprendió más que la profecía de la invasión de Francia por los alemanes a través de Bélgica —para evitar el obstáculo de la Línea Maginot—, el hecho de que Wells hablara allí de una guerra a la que ponían fin los aviadores, tras el empleo de un arma terrible cuyo nombre no tenía para mí sentido entonces: la bomba atómica.

Con *Los primeros hombres en la Luna*, H. G. Wells se propuso, como en otras obras suyas de tal género, buscar una solución científica para el viaje al satélite, con otros medios. La halla, originalmente, merced a nuevos recursos. El asunto se plantea intrigando al lector los enigmas, en la primera parte del libro, hasta que el misterioso Cavor, con quien el supuesto autor discute hipótesis —y al hacerlo recuerda el proyectil imaginado por Verne—, construye la esfera con las cortinas corredizas que recubiertas con una sustancia que se vuelve, al enfriarse, opaca a la gravedad: la “cavorita”, y es así dirigible, gracias a ellas. El viaje se consuma, con observaciones que anticipan las que ahora la ciencia va confirmando, en lo que se refiere al recorrido, y a partir del capítulo vi, la fantasía vive en la Luna, hasta que Bedford, solo —desaparecido Cavor—, vuelve a la Tierra al descender en Littlestone. Los mensajes de Cavor, vía Marte, prolongan la irreal aventura.

Poe tuvo, entre otros geniales aciertos que ofrece en su obra, el de imaginar, según los precedentes del siglo xvii, un viajero solitario: un Robinson de las alturas. Por esto se acerca más, probablemente, a la posibilidad de un viaje de exploración hasta la Luna, según ahora lo concebimos. No lo siguió en ese aspecto Verne, que se apartaba de los solitarios Robinsones, porque al aburrido soliloquio, resuelto en “diario”, prefería la animada conversación entre los personajes de sus viajes —“extraordinarios”— como las narraciones de Poe, en el título que les dio Baudelaire al traducirlas.

Por su concepción elemental —infantil, casi—, en la que olvidó el choque, necesariamente mortal, que el impulso propulsor inicial del cañón producido en los viajeros, lanza el proyectil al espacio; por la circunstancia de que el mismo autor parezca ignorar algo en que pensaría el hombre menos práctico: la solución —sin solución— de Verne es la menos viable, aunque supere, en cierto sentido, a la de Poe; mas el desenlace, por ser lógico, lo salva.

En cambio, los caminos que exploró Wells, tripulante de *La máquina del tiempo*, en *Los primeros hombres en la Luna*, parecen más de acuerdo con las posibilidades futuras y con las teorías científicas en que busca apoyo. Su proyecto —y la realización del mismo— nos parecen como el reverso de las que empleó el empírico Verne, en *El viaje a la Luna* y *Alrededor de la Luna*.

De los escritores que soñaron, anticipadamente, un viaje de humanos hasta la Luna, y lo describieron como si se hubiera efectuado, paradójicamente quien, —por ahora, al menos—, parece que se acercó más a la realización de su sueño, no es uno de los que buscaron la solución por caminos en apariencia muy próxima a los recursos científicos, técnicos y mecánicos, actuales, sino quien parecía más ale-

jado de estos últimos, por ser al mismo tiempo un soñador poco práctico dentro de su romanticismo: Verne, quien, como Wells, creyó en el poder limitado de la ciencia, casi tanto como el positivista Comte.

Si la lectura de tales novelas pudiera desencantar, hasta cierto punto a quienes se hallan ahora familiarizados con el tema, por las publicaciones periódicas en que predomina el elemento gráfico: la imagen, sobre la letra, una revisión de las ediciones ilustradas de las novelas futuristas, podría demostrar que los trazos, y aun las realizaciones plásticas inspiradas por aquéllos, distan mucho de lo que ha traído la concreción de sus ideas.

La atención del público lector —habituaado a los prodigios de la mecánica, por los "efectos" o trucos del cine—; el interés avivado *en nuestros días por las recientes conquistas* en que compiten dos imperialismos, reclaman también imperativamente nuevas informaciones en los diarios; mayor abundancia imaginativa en los cuentos, multiplicados hasta el infinito, en los rotograbados de las revistas y los folletos sobre la materia. En alguna de estas publicaciones puede hallarse hasta un proyecto de conquistas escalonadas correspondiente a los próximos años, y esquemas de futuros viajes interplanetarios, con la duración aproximada de cada uno.

Este interés, ahora estimulado por las noticias sobre lanzamientos de nuevos satélites de la Tierra, viene a explicar, aunque no la justifique, la credulidad de aquellos que aguardan la visita probable de huéspedes de otros planetas, para quienes la imaginación popular encontró hace tiempo vehículos adecuados, en inesperadas formas de transporte que permitan la comunicación interplanetaria.

No es sorprendente, por eso, que las inteligencias infantiles busquen las historietas protagonizadas por viajeros de otros mundos, y que no sólo adolescentes, sino jóvenes y aun adultos devoren —aparte las tradicionalmente famosas novelas de Verne y las más audaces de Wells— aquellos libros en que una fantasía sin lógica, los hace emigrar transitoriamente a otros planetas, como en *El ajedrez vivo de Marte*, y otros volúmenes de Edgar Rice Burroughs.

Por paradoja, en nuestros días, son esclavos y anglosajones quienes empiezan a realizar lo imaginado antes sobre vuelos interplanetarios: hombres de países en cuya literatura en general, la fantasía no abunda, precisamente porque, en vez de soñar, sus técnicos actuaron, con apoyo en la ciencia, al efectuar los experimentos que ahora sorprenden al mundo.